

Conmemoración de todos los fieles difuntos (02-11-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos vivido este mes el camino con el Señor Crucificado, el Señor de los Milagros, que está muy ahondado en todos nuestros corazones. A ayer terminamos ese camino con la Fiesta de Todos los Santos, y hoy recordamos lo que significa para nosotros la partida de tantas personas, hermanas y hermanos nuestros, que también nos antecedieron en la vida, pero, sobre todo, nos dieron también, como Jesús, su vida, de alguna manera directa o indirectamente. Y es que, como creyentes, estamos llamados a vivir como el Señor nos enseñó con su propio testimonio. Muchas veces hemos recitado el texto de Filipenses sobre Jesús: *“Siendo de condición divina, no retuvo para sí su categoría de Dios, sino que se anonadó”*. Se acercó a la humanidad bajando de lo alto para volver a lo alto y, por lo tanto, no se trata de estar subiendo a lo alto *sin haber bajado a las oscuridades y sus problemas propios de la vida*.

Esto es sumamente importante porque nuestro Dios, nuestro Padre Celestial nos ha enviado a Jesús para encarnarse en la realidad. Y no puede ser que haya cristianos que no se encarnen en la realidad o que, más bien, se rían de la realidad. Cristianos que crean que pueden ser dioses en la realidad, cuando el único Dios que muestra su paternidad, enviando a su Hijo, nos ha enseñado a encarnarnos, a anonadarnos, corriendo riesgos,

evidentemente, los mismos riesgos que corrieron en el pasado los profetas. Pero aquí, en este texto que hemos leído, esta experiencia tremenda de la muerte que Jesús pasa nos hace pensar en todos los difuntos nuestros y, en especial, los que más gravemente han sufrido y, especialmente, los que han sufrido persecuciones y maltratos como ha sido con Jesús.

Esta muerte de Jesús nos da un aliento muy grande porque quiere decir que no es una muerte sin sentido, es una muerte que provoca una cosa muy importante: la ruptura con una religión que solamente ve el horizonte de esta vida sin ver ninguna esperanza superhumana. Y la esperanza superhumana se necesita para poder tener fuerzas para afrontar los problemas actuales y sabiendo que la muerte no tiene la última palabra de nuestra existencia.

Y en eso tenemos algo muy bello aquí. Apenas Jesús grita "*Eloi, Eloi, Lama, Sabactani*" y, luego, se acercan algunos para llevarle una especie de soporífero a ver si dura un poquito más para que baje Elías y lo salve de la muerte, Jesús da un fuerte grito y expira. Y el signo más indeleble de que ha hecho algo sustancialmente nuevo es que el velo del templo se rasgó en dos, de arriba a abajo.

¿Qué era el templo? El templo era el lugar donde estaban los "grandes" de Israel que vivían indiferentes a la vida de la sociedad y, además, en nombre de Dios, y que obligaban a la gente a hacer holocaustos y sacrificios para ellos ganar plata, para enredar la religión con el dinero. Ese templo en donde se suponía que debería estar Dios presente, en realidad, hacían cumplir a Dios la labor de los demonios, la

labor del dinero, que ya Jesús había claramente denunciado su incompatibilidad: ¡o Dios o el dinero!. Se refiere, en concreto, a la ambición de estas personas y al sostenimiento religioso de esa ambición. Por eso, Jesús, en su muerte, lo que hace es superar definitivamente una idea de la religión cómplice con los intereses mezquinos y destructivos de las personas. Y su anonadamiento llega a ese punto: nos muestra verdadero el rostro de Dios y, así, el primero que se convierte es uno que no es hebreo, porque habían reducido la religión solamente a salvar y a dar vida a “su grupo”. Y no solamente era el grupo en general de los hebreos, era el grupo de los sacerdotes que era el que se contagiaba solamente de una especie de ufanación de que eran los grandes. y eran como dioses.

Y, por eso, es muy importante todo lo que hemos pasado este mes, toda esta oración que hemos hecho por todos nuestros muertos que han sido asesinados vilmente en diversas circunstancias de extorsión o de asalto o de delincuencia, en donde la indiferencia de quienes tienen que poner un mínimo de organización para defender a la población, la dejan abandonada y sola. Y nosotros, entonces, como Iglesia, tenemos que suscitar en todo la solidaridad, porque ese es el único camino que lleva a la Resurrección y a la vida. Y Jesús nos mostró la solidaridad de Dios con nosotros y, además, diciéndonos que es para todos, su solidaridad.

También Dios quiere que resuciten todos esos irresponsables que, a veces, somos nosotros cuando no somos solidarios con los demás. Pero, cuando no somos

solidarios, el Señor no nos condena, mas bien abre nuestro corazón para que nos convirtamos. Pero, más bien, quien no es solidario recalcitrante se autoexcluye, decide no recibir la salvación, se condena él, por sí mismo, no porque Dios quiera condenarlo. Por eso, hoy es un día muy profundo porque vamos a rezar por todos nuestros difuntos. Todos recordamos estos días, en el tiempo del COVID, las listas enormes – eran casi unas letanías que debíamos recitar - porque todos ellos nos habían acompañado y habían desaparecido de esa manera. Hoy día, también, nuestros hermanos que, por simplemente trabajar en un bus, sube uno y le disparan.

Hermanos y hermanas, estamos llamados hondamente a un proceso solidario. Y quería recordar, en ese sentido, la presencia de este amigo nuestro, Alejandro Cussianovich, porque él, como curita, en los primeros tiempos (yo soy de la generación de los 60), nos dio una muestra de la sencillez y del anonadamiento, acercándose a nosotros como gran maestro que era (y lo es), con una capacidad enorme de poder convencer de lo profundo que vive el Evangelio y que es el fundador del Movimiento de Adolescentes y Niños Trabajadores Hijos de Obreros Cristianos (MANTHOC), este movimiento que ha aprendido a vivir con esperanza en el corazón de la adversidad.

En esta misa hoy han venido varios grupos, especialmente, la Hermandad de San Martín de Porras, y la de San Judas Tadeo, de Barrios Altos; y hemos reunido diversas cosas porque los domingos en la catedral tenemos que acoger a todos. Quisiéramos recordar, especialmente, esta obra que

hizo y ha hecho durante toda su vida aquí presente nuestro hermano Alejandro. Todos lo conocimos de jóvenes, porque yo era joven también, alguna vez, lo reconocemos como “Chito” Cussianovich. A él le dedicamos esta misa y pidiéndole a Dios que siempre lo acompañe y que, en tus 90 años, todavía te esperemos hasta los 100. Todavía queda bastante ¿no es cierto?

Y que todos podamos también ayudarnos en ese camino solidario porque es el anonadamiento, es el bajar, es el acercarse. Ya lo decía el Papa Francisco y el Papa León XIV. Ahora, en la biografía que vamos a presentar el martes, todo es eso: cercanía, anonadamiento con la gente. Y, por eso, está donde está: pero no para “subirse”, sino para servir. Y para servir solidariamente y, especialmente, tener en prioridad absoluta, en primer lugar, la opción preferencial por los pobres, por los pequeños, por los jóvenes, por los niños, por los últimos de nuestro país y de nuestra tierra.

Que ese sea el camino de salvación y que, siendo solidarios, podamos contrarrestar y neutralizar toda la violencia, todo el desprecio, toda la pedantería que pulula hoy día, tanto en la sociedad como en la Iglesia. Y hagamos una Iglesia y una sociedad de verdaderos hermanos, como lo quiere también estos inicios de hermandad que tenemos que no solamente deben ser de hermandad en torno al Señor, sino, también, entre ustedes, porque somos comunidad cristiana, ante todo, “comunidad sinodal”, como el Papa Francisco solía decir.

Gracias, querido Chito, por haber venido hoy día. Que tu labor siga existiendo hasta el tiempo que el Señor quiera, y

gracias también al MANTHOC por sus 60 años de existencia, para que sigan adelante como niños trabajadores y anunciadores del Evangelio. Y a todas las hermandades les damos gracias, porque son un ejemplo de constancia, de entrega generosa y de servicio.

Amén